



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CUMPLEAÑOS DE S. A. S.

Las naciones toman parte en las venturas domésticas de los jefes que las gobiernan en paz y justicia, y no es extraño que la República Mexicana tome hoy un aire de júbilo y de fiesta para celebrar los días de su augusto presidente.

Padres de los pueblos llama el cristianismo á los depositarios del poder público, sean cuales fueren los nombres que les den las constituciones políticas; y bajo este concepto, nada mas justo ni tampoco mas natural que las demostraciones públicas de regocijo, cuando vienen esos días de piadosa expansion que parecen destinados á reconocer mas palpablemente los beneficios que dispensa el Criador á sus criaturas. Estos días son los aniversarios del nacimiento de cada uno; días en que reina el gozo en el seno de las familias que se consagran a celebrar el natalicio de alguno de sus miembros; días en que los hijos se afanan por demostrar a un padre cariñoso, su respeto, su amor y su gratitud por los cuidados paternales.

La gran familia mexicana se encuentra hoy en este caso. Hoy es el día de nuestro ilustre presidente, y este debe ser por mil motivos uno de los días de la patria, un día de fiesta nacional. ¿Cuál otro se encuentra en nuestra historia, que pueda aventajar á éste, ni por los recuerdos que escita, ni por las esperanzas que infunde, ni por los sentimientos de noble orgullo que despierta en el corazón de los buenos mexicanos?

El general Santa-Anna no solo es padre de nuestro pueblo, sino nuestro salvador. Glorioso seria el primer título si este hombre ilustre hubiera tenido la fortuna de venir al mundo en épocas de sosiego y de calma; pero hartos mas

esplendente es el segundo, una vez que le ha merecido desarrollando su genio en una época de agitación y de tempestades. La Providencia lo quiso así, porque manda siempre el remedio en pos de los dolores, y hoy cumplimos el dulce deber de bendecirla, porque al permitir en su justicia que brotaran en nuestro suelo tantos genios de perdición, y que se contaminara con su aliento nuestra generación desatentada, quiso que al través de nuestros infortunios creciera y se fortificara el que había de ser instrumento de sus misericordias.

Escusado es recordar aquí lo que la patria debe al general presidente. En él se personifican sus grandes glorias militares; en sus manos quedó puro y sin mancha el pabellón nacional, cuando el extranjero auxiliado por la demagogía le arrastraba por el suelo; él vino á dar muerte al monstruo de la anarquía y á derramar el mágico poder de su palabra conciliadora en medio de nuestras disensiones; él nos salvó de ignominiosa ruina, nos dió la paz que anhelábamos, restableció nuestro crédito ante el mundo, y nos ha puesto en la senda donde están nuestra ventura, nuestro porvenir y nuestra gloria.

Por eso la patria le ha confiado sus poderes, le ha delegado su soberanía, le ha encomendado la custodia de su honor y de su independencia. El representa á la nación con todo el poder que da Dios á las sociedades, con toda la sabiduría que producen los desengaños, con todo el aliento que infunden las nobles aspiraciones, con toda la energía que la dan sus magníficas esperanzas: y siendo él la augusta personificación de todo lo grande que existe en el presente y en el porvenir de nuestro pueblo, es claro que éste celebra su propio gozo y pide al cielo su propia dicha, cuando celebra el cumpleaños del ínclito general, y cuando agradece á Dios que derrame sus bendiciones sobre tan preciosa existencia.

Pesadísima es la carga que lleva sobre sus hombros el ínclito presidente, árdua la misión que Dios y su patria le han confiado; pero él lleva la una con sus fuerzas de Hércules, y llena la otra con esa entereza incontrastable con que siempre han llenado la suya los héroes que brillan como astros en la serie de los siglos. Enviado de lo alto, de allá recibe también el poder y la voluntad que se necesitan para cumplir su brillante destino.

Aun le falta mucho que hacer en la grande obra de nues-

tra regeneracion social, pero no hay miedo de que la obra quede incompleta: leed en su mirada de águila y en su serena frente esa fé que allana los montes y esa voluntad de hierro que abate los más sólidos muros, y despues que hayais leído, se aquietará vuestro corazon en un mar de consuelo y de esperanza.

Nosotros saludamos al jefe del Estado en sus dias, con toda la efusion de que son capaces los corazones leales y agradecidos, y pedimos á Dios que prolongue su preciosa existencia, tanto como lo desea y lo necesita la patria.

¡Que el cielo le ilumine para que siga gobernando á la nación en paz y justicia: que le auxilie contra nuestros enemigos, y le dé fuerza para desbaratar sus planes anarquistas; que le conceda ver a su patria dichosa por sus generosos esfuerzos; que derrame sobre él el tesoro de sus bendiciones!

El Universal.—México: Martes 13 de junio de 1854.